

ÍNDICE de ARTÍCULOS

| | |
|--|----|
| Jonás – 2ª parte | 1 |
| Doctrina y Práctica | 3 |
| ¿Cuál es Su Nombre? Jehová-M'Kaddesh | 4 |
| Ambición | 6 |
| La Responsabilidad Propia de la Asamblea | 9 |
| "Vamos..." | 10 |

Jonás

Steve Walvatne

En nuestro primer artículo, nos fijamos en Jonás, "El Mensajero", reflexionando sobre las posibles pistas de su condición espiritual. Descubrimos varios rasgos encomiables que deberían destacar en el carácter de todos los siervos de Dios. Ahora, pasaremos al segundo versículo en el capítulo uno y consideraremos,

La Misión

"Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y pregona contra ella; porque ha subido su maldad delante de mí". Veremos esto bajo cuatro títulos que destacan que Jonás recibió,

UNA EXHORTACIÓN REPENTINA:

"Levántate".

UN DESTINO ESPECÍFICO:

"Ve a Nínive, aquella gran ciudad"

UNA OBLIGACIÓN SOLEMNE:

"Pregona contra ella".

UNA EXPLICACIÓN SOBERANA:

"Porque ha subido su maldad delante de mí".

Una Exhortación Repentina

El tiempo del Señor es perfecto. Él encarga en el momento preciso, y muchas veces la rapidez de ello sobresalta al siervo. No sabemos lo que Jonás estaba haciendo cuando llegó este llamado, se nos dice solamente, *"Y la palabra de Jehová vino a Jonás... diciendo"* (JND). Pero eso es todo lo que necesitamos saber, porque el llamado de Jehová siempre es de mayor importancia que nuestras actividades y necesidades personales. O, por lo menos, debería serlo. *"...buscad primeramente el reino de Dios y Su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas"* (Mat. 6:33). "El

deseo del discípulo y su determinación debe ser vivir en el camino de Dios... bajo la dirección y el control de Dios". (R.T. France: *Nuevo Comentario Internacional del Nuevo Testamento, Mateo*).

Jonás debía "levantarse" o "ponerse en marcha". La orden involucra "acción inmediata y dramática" (Spiros Zodhiates: *El Estudio Completo de la Palabra – Antiguo Testamento*) otros como Jacob y Josué, Gedeón y Samuel, Felipe y Ananías, escucharon llamados similares. Samuel Burn declara en *El Profeta Jonás* que, sin excepción, la orden del cielo de "Levántate" siempre trajo pronta obediencia en la Escritura: *"Aún los muertos"*, dice, *"fueron levantados por esta orden"* (Mar. 5:41; Luc. 7:14).

Todos los cristianos deben responder de la misma manera, aunque sabemos por experiencia qué difícil puede ser la obediencia. Es bueno, sin embargo, estar disponibles para el servicio divino. Si los santos no son cuidadosos, las demandas del tiempo presente aplastarán su ejercicio espiritual. Lo mismo ocurrirá con los estilos de vida excesivos. Muchos de los que alguna vez albergaron anhelos genuinos por el Señor, han sucumbido a "las cosas que están en el mundo" (1 Jn. 2:15), llegando a ser esclavizados por enormes deudas o seducidos por la vida cómoda. Como resultado, ellos ahora han perdido la voluntad, o la capacidad, de "levantarse" si el Señor les llama.

Algo similar les ocurrió a los judíos cautivos en Babilonia. Después de un tiempo, muchos ya no *"lloraban, acordándose de Sion"* (Sal. 137:1). Cuando la puerta de regreso a Jerusalén finalmente se abrió, sólo un remanente regresó a la ciudad de la presencia Divina. Las multitudes

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

prefirieron las riquezas de Babilonia a las ruinas de Jerusalén, a pesar de los altos costos que esto involucraba. Los judíos babilónicos perdieron su identidad nacional y nunca volvieron a participar en la adoración unida y en el servicio a Dios (véase el libro de Ester).

En 2 Pedro 1:9; el apóstol cataloga esta condición como “miopía”, o de “vista muy corta”, refiriéndose a los cristianos que están así absortos en vanidades terrenales, ya no viven más con la mirada puesta en la eternidad. Lenski escribe, “Este no es un pagano que nunca ha escuchado la Palabra y por lo tanto es ciego; esta es una persona que conoce sobre la Palabra, pero que sólo ha dejado un destello inútil en su corazón” (*Comentario en el Nuevo Testamento, 2 Pedro*). Que el Señor preserve nuestra visión espiritual, para que si Él nos llama al servicio podamos ir con entusiasmo. En un tiempo no muy lejano, la palabra de Dios “Levántate” no será para el servicio, sino para gloria (Cantares 2:13).

Pronto, con sorpresa agradable, gozosa

Escucharemos Su palabra - ¡Levántate!

Hacia los cielos subiendo:

¡Gloria, gloria, gloria!

S. Trevor Francis

Un Destino Específico

El Señor mandó a Jonás a un lugar determinado. “*Ve a Nínive, aquella gran ciudad*”. Como “Señor de la mies” (Mat. 9:38), Él sabe a dónde pertenece cada santo. El suyo no es un llamado vago, sin especificar, sino uno claramente definido. Puede que trabajemos toda la vida ahí, o una fracción de ella, pero debemos “ir” al lugar, no por nuestra elección, sino por la Suya.

Nínive, capital Asiria, estaba en auge en tiempos de Jonás. Un enemigo jurado de Israel, había ganado la reputación de “gran” (1:2; 3:2; 4:11), porque sobresalió en *tamaño, sustancia, estructura y fuerza*. Era gobernada por un régimen brutal que también sobresalió en *pecado*. Patrick Fairbairn dice que Nínive fue “citada que había sido ‘mucho mayor que Babilonia’, y había estado rodeada con murallas ‘de treinta metros de alto, y tan anchas que tres vagones podían circular por ellas’. Estas murallas, se nos informó además, estaban fortificadas con 1,500 torres a distancias adecuadas, cada una levantándose a 60 metros de altura, y creando un conjunto tan fuerte que se pensaba que la ciudad era inexpugnable” (*Jonás: Su Vida, Carácter y Misión*). Con una circunferencia de 100 kilómetros o “tres días de jornada” (3:1), era el hogar de cerca de un millón de personas, incluyendo a 120,000 infantes (4:11).

El razonamiento natural cuestionaría la sabiduría de

enviar a un solo hombre a una ciudad tan grande. Para nosotros, un batallón no parecería suficiente. Pero los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos, ni Sus caminos nuestros caminos (Is. 55:8). “*No es difícil* (o, un impedimento) *para Jehová salvar con muchos o con pocos*” (1 Sam. 14:6). Regiones enteras, rurales y urbanas, han conocido la bendición del evangelio a través de los trabajos de uno o dos siervos. El suyo es un trabajo agotador y solitario. “No veo a nadie que yo conozca aquí”, escribió Oliver Smith a una hija, cuando fue pionero en un nuevo territorio cerca de Clayton, Iowa, en 1920. En *John Knox McEwen y Obra Pionera en las Marítimas*, John Dickson recuerda una mañana de invierno en 1883, cuando McEwen salió de un tren en Amherst, Nueva Escocia por primera vez. “Los pasajeros se apresuraban, cada uno iba en su propia dirección”, escribió Dickson, pero “no había nadie para reunirse con este desconocido...” Deteniéndose en un establo abandonado, el solitario predicador se arrodilló en el suelo cubierto de nieve y “derramó su corazón a Dios... que Dios hiciera de su llegada a Nueva Escocia una bendición para muchos”.

Apreciamos a los siervos que son “fieles a las cosas” año tras año, a pesar de las dificultades, tratando de honrar a Dios en su esfera designada. Además, pensamos en los “pequeños rebaños”, algunos situados en las “grandes” ciudades – donde un puñado de cristianos se reúne para mantener el testimonio de la asamblea. La marcha puede ser difícil y las perspectivas parecen débiles, pero “una morada con nuestro Dios compensará todo” (Henry Lyte).

Una Obligación Solemne

Jonás debía “*pregonar contra*” o “denunciar” Nínive. Sus calles y plazas serían su púlpito. Ahí, él clamaría “*a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta*” (Is. 58:1). Era una obligación solemne que exigía valentía y claridad. También requería aptitud espiritual. Empezar una tarea de esta naturaleza sin la debida autoridad y capacidad sería un grave error. Las tareas monumentales son manejables si Dios ha llamado y calificado a Su siervo. Hombres como David Livingstone, William Carey, Hudson Taylor, y Adoniram Judson fueron, sin duda, preparados por Dios para los ambientes ásperos y nacionalidades diversas que encontraron. Sus dones y metas encajaron muy bien, y esto coincidía con la gente en las regiones donde trabajaron.

La generación de Noé fue de continuo al mal (Gen. 6:5), y Noé se mantuvo aparte como un “pregonero de justicia” (2 Ped. 2:5). Sus palabras y maneras eran un reproche diario a la maldad rampante a su alrededor.

Nuestra época, al igual que la de Noé y la de Nínive, hiede igualmente a pecado, y sin embargo, ¿dónde están los clamores contra el mal el día de hoy? La religión moderna ha silenciado su censura, disculpa al pecado grosero y simpatiza con los hacedores de maldad. A menos que estemos atentos, una complacencia miserable envolverá nuestros propios corazones. Nunca había sido mayor la necesidad de heraldos capaces y fieles para advertir del juicio venidero “bajo las ventanas de los ricos, en las estaciones de los pobres... ante nobles y jueces y todos” (W.G. Blaikie: *El Comentario del Púlpito*, vol. 14). Tal era la misión de Jonás. Era su obligación solemne.

Una Explicación Soberana

El final del versículo 2 explica el propósito de Dios para el envío de Jonás a Nínive: “*Porque ha subido su maldad delante de mí*”. Algo similar ocurre en pasajes como Génesis 4:10 con respecto a Caín, Génesis 18:20-21 con respecto a Sodoma y Gomorra, y Lamentaciones 1:22 con respecto a los enemigos de Jerusalén. En cada lugar, el pecado era tan atroz que llegó hasta el mismo trono de Dios, demandando justo castigo. Con respecto a Nínive, esta declaración “no implica que el Señor desconocía antes la depravación de la gran ciudad; sino que la situación ahí era tan degenerada que Su paciencia [fue] eclipsada por el mandato de justicia” (John Walton: *Comentario Bíblico del Expositor* (Edición Revisada)).

Aprendemos, por lo tanto, que la misericordia de Dios tiene límites. Se extendió 120 años en el mundo antediluviano (Gen. 6:3), duró cuarenta días en Nínive, y terminó al anochecer para Belsasar (Dan. 5:30). “*El hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina*” (Prov. 29:1). La misericordia rechazada inevitablemente lleva a la misericordia siendo retirada.

Una línea rebasa el que ignora al Señor,
Y el Espíritu no llama más,
Con el mundo, tú corres veloz, sin temor.
Piensa bien, piensa bien, ¿qué harás?
A. J. Hodge

Pablo agonizaba por sus compañeros judíos, que irreflexivamente “atesoraban” para ellos mismos ira para el día de la ira (Rom. 2:5). Él sabía que en un día futuro, ellos serían “sorprendidos al descubrir que habían almacenado, no tesoros del bien, ¡sino tesoros de ira divina!” (James Dunn, *Comentario Bíblico de la Palabra*: vol. 38A). ¡Qué solemne! ¡Qué penetrante! ¡Pensar que ninguna alabanza, ni

oraciones, ninguna piedad alcanzó el trono de Dios, sólo maldad de los pecadores cuyas podridas llagas no habían sido “curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite” (Is. 1:6)! Que los pecadores tengan cuidado. La suya es una posición peligrosa, una pendiente resbaladiza, desde donde puede sumergirse en un momento hasta la desesperación más profunda. “*Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará*” (Gal. 6:7). ¿Y si TUS pecados, como los de Nínive, alcanzaran hoy el trono de Dios?

La misión de la iglesia no es encajar en el mundo, sino ver que los hombres cambien para que puedan encajar en la iglesia.

Doctrina y Práctica

“*Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren*” (1 Timoteo 4:16)

Escuchamos declaraciones como, “la doctrina divide”, o “la doctrina es aburrida”, o “la doctrina hará perder la atención de la audiencia y los pondrá a dormir”. Es un triste estado en el que estamos si la doctrina, sobre la cual debe estar basada nuestra práctica, es silenciada diplomáticamente, y luego acompañada a la puerta, para que nuestra comezón de oír pueda ser calmada con lo que acomoda mejor a nuestras conciencias violadas y nuestras voluntades rebeldes. Pablo dejó en claro al joven Timoteo que la doctrina de la Palabra de Dios sería lo que preservaría a Timoteo, así como a aquellos que escucharan su enseñanza de la misma. Cambiaría su conducta y así los salvaría de la desobediencia, y las consecuencias de esto, que caracteriza al incrédulo.

En su excelente trabajo en la carta de Pablo a los Efesios, Moule nota esto al considerar al movimiento de la revelación doctrinal a la enseñanza práctica en medio de la carta. Declara, “pasamos de la revelación de la doctrina al desarrollo de la práctica. Por supuesto, esto debe ser dicho con alguna matización. En la primera parte hemos tenido práctica implícita y aludida: como donde (2:10) San Pablo nos dice que fuimos “*creados en Cristo Jesús para buenas obras*”, y por supuesto en el manifiesto comportamiento santo de toda la exposición. Y en la segunda parte encontraremos pasaje tras pasaje donde se anuncia y se refuerza la doctrina; algunos de estos pasajes son tan importantes como cualquiera de su tipo en el Nuevo Testamento. Juntos

encontramos verdad y vida, aquí en Efesios, como en general en las Escrituras, tan estrechamente, tan vitalmente entrelazadas que es imposible tratar cualquiera de las dos como realmente aisladas. La doctrina siempre corre hacia la práctica, en las mentes de los apóstoles, y la práctica siempre sienta su pie en la doctrina. Que la sugerencia dada a nosotros por este hecho nunca sea olvidada por el maestro cristiano”.

La doctrina, más que dividir, en realidad une, como se enseña tan claramente a los Efesios (cap. 4:1-24); y más que aburrir o sedar al verdadero creyente, lo hace ponerse de pie en asombro por todo lo que Dios es, hace, y aún propone a través de la persona y obra del Señor Jesucristo (cap. 1:17-23; cap. 3:14-21).

¡Oh, que nuestros corazones sean suavizados, y nuestro apetito espiritual sea despertado por las doctrinas de la Santa Palabra de Dios! Que podamos ser apartados de nuestros deseos de filosofías y sicologías de sabiduría emocional y convertirnos en personas que se caracterizan por hambre de la verdadera doctrina de arriba, debe ser nuestra única y total oración. Si las doctrinas de Dios se convierten en preciosas para nosotros, las cosas que causan nuestra desnutrición espiritual serían desechadas como deben, y nuestras prácticas reflejarían la luz de los principios divinos, en lugar de oscurecer la iluminación de otros que están buscando luz en un mundo cada vez más oscuro.

Cuando las doctrinas de Dios son buscadas, atesoradas, y apreciadas, la práctica piadosa sigue sin excepción, porque la suficiencia completa de sus pensamientos, propósitos, e intenciones llenan el alma regenerada, haciendo que se incline ante Su soberanía en obediencia voluntaria y gozosa. Que el Señor de las iglesias ayude tanto a los que enseñan como a los que escuchan a darse cuenta que la doctrina y la práctica están inextricablemente unidas en la Palabra de Dios, y así debe ser nuestra presentación de la misma, ya sea en consejo privado o en reuniones públicas.

¿Cuál es Su Nombre?

Jehová-M'Kaddesh

Joel Portman

“Santificaos, pues, y sed santos, porque yo Jehová soy vuestro Dios. Y guardad mis estatutos, y ponedlos por obra. Yo Jehová que os santifico”. “Le santificarás, por tanto, pues el pan de tu Dios ofrece; santo será para ti, porque santo soy yo Jehová que os santifico”. (Lev. 20:7-8; 21:8)

Trazando estos nombres de Jehová en el Antiguo Testamento, podemos ver una secuencia lógica y espiritual

que se relaciona con nuestra propia experiencia como creyentes en Cristo. Primero vemos que Él es el Único que ve y provee, y ¡que provisión ha hecho Él para nosotros en la Persona y obra de nuestro Señor Jesús! Entonces nos encontramos en Jehová-rapha que Él sana; Su sanidad alivia más que la amargura del camino, ya que Él también quiere sanar nuestros pensamientos y actitudes, para que podamos aprender a confiar completamente en Él. En la guerra que siguió contra nuestros enemigos espirituales, Él es el que dirige y da la victoria, para que podamos aprender nuestra propia insuficiencia y la necesidad de seguirlo de forma dependiente. Ahora hemos llegado a un paso más adelante, u otra revelación de Su persona, y que es que Él es el Único que santifica, o pone aparte a Su pueblo redimido, de modo que se conformen a Su propio carácter. El gran propósito de Dios es más que nuestra salvación del pecado y sus consecuencias; también es formar nuestras vidas para que seamos conformados a Él y reconocer Sus reclamos sobre nosotros y los resultados que deben ser vistos en nosotros. Él es el SEÑOR que santifica.

Estos pasajes de Levítico se encuentran en el contexto de la enseñanza de Dios que se ocupa con el andar aceptable del pueblo de Dios (18:1-20:27). La primera sección (1:1-17:16) enseña los medios que Él ha provisto, por los cuales podemos acercarnos a Dios, y ahora podemos aprender más a fondo el tipo de personas que pueden acercarse y caminar en la presencia de Dios. Nuestra relación con un Dios tan santo ha sido establecida en el fundamento de (y se mantiene por) la obra de nuestro Señor Jesucristo (ch. 1-8). Esa obra permanece en toda su suficiencia y disponibilidad para cada hijo de Dios. Pero también es un carácter de vida esperado que se ve en Su pueblo. Puesto que Él es santo, el sacrificio debe proveer la base para tal comunión con Él, pero siendo introducidos en esa relación, debemos reconocer el estándar que Él espera ver en nosotros.

Esta verdad es reforzada en el Nuevo Testamento, por ejemplo, en 1 Pedro 1:13-17, *“Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo...”* Otra vez en 1 Tes. 4:2-3, *“Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación...”* *“Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación”* (v.7). Muchos otros pasajes refuerzan la verdad del creyente puesto aparte enteramente para Dios, para ser conformados a través de Su obra y nuestro ejercicio personal para ser aptos para Él, para representarlo ante los demás manifestando un carácter similar que exprese la obra del Espíritu Santo dentro del creyente.

Significado de Santificación

“Santificar” simplemente y en efecto significa, “ser puesto aparte, visto como diferente, distinto”. La primera mención de la palabra está en Génesis 2:3 con referencia al día en que Dios descansó de la creación, “*Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación*”. Así vemos un día apartado por Dios en relación con Su obra creadorial terminada. Encontramos que había lugares así, apartados, y fueron llamados “lugares santos”, (Monte Sinaí, Tabernáculo, Templo, etc.). Israel fue llamado a ser un pueblo santo, apartado en una distinta posición y relación con Dios que otras naciones nunca disfrutaron. Eran un pueblo “santificado”. Los sacerdotes eran sacerdotes “santos”, por su relación distinta en su servicio para el Señor. Estos aspectos de las cosas santificadas nos muestran que algo que está en contacto con Dios o tiene una relación única con Dios debe estar en una condición, y también en una posición, que corresponda con Él; deben ser “santificados”. Ya que han sido traídos a esta relación como un resultado de Su obra y propósito, no pueden ser como cualquier otro en el mundo. Deben ser como Él de alguna manera, diferente de los demás. Son un pueblo “especial”, disfrutando especialmente de la relación de gracia y conocimiento de Él, que es un Dios santo.

Por lo tanto, la piedad en estas personas es una expresión del carácter de Dios, una correspondencia con Él.

Sabemos también, de Hegeo 2:10-13, que la santidad no puede transmitirse casualmente al profano, pero por otra parte, lo impuro puede contaminar lo que es santo, y así no puede representar más lo que es apropiado para Dios. Esto imprime en nuestras mentes la gran importancia de evitar en nuestra vida todo lo que pudiera contaminar y arruinar nuestra condición ante de Dios, ya sea moral o espiritualmente.

Ahora que los creyentes están en comunión con Dios como Su pueblo, deben separarse de todo lo que es incompatible con el carácter de Dios. Llevar Su Nombre y tener morando al Espíritu Santo, debe tener resultados visibles en nuestras vidas. El Espíritu Santo pone aparte al creyente y le da el poder de mantener esa vida de separación.

¿Cómo somos Santificados?

En el Nuevo Testamento encontramos un carácter de santificación que incluye todo, más que en el señalado Israel en el Antiguo Testamento. Esto es a causa de que trata con más que nuestra conducta exterior, porque también toca nuestros pensamientos y vida interior. Aprendemos por la enseñanza del Señor en Mat. 5-7 que, más allá de los actos, los súbditos del reino de Dios están llamados a cuenta por sus pensamientos y motivos. Así vemos que como santos (santi-

ficados), somos:

1. Santificados por Su Elección (1 Tes. 4:7, 1 Pedro 1:15). Se trata de Llamamiento Santo, que expresa Su propósito para los Suyos, que ahora se espera que se eleven a ese estándar en su conducta.

2. Santificados por nuestra Salvación (1 Cor. 1:30). La salvación ha puesto un creyente en Cristo separado de una vida de pecado para pertenecer exclusivamente a un Señor Santo, siendo dado poder para vivir una vida santa e investido con un deseo de ser más conforme al Señor que murió por él.

3. Santificados por nuestra Identificación (1 Pedro 1:15). Le llamamos “Padre”, por lo que debemos tener el mismo carácter que Él, aunque no en el mismo grado. Debe estar en nuestros corazones el ejercicio de expresar esto en una forma práctica de vida.

4. Santificados por Su Operación (1 Tes. 5:23). Es el “Dios de Paz” quien es el santificador. Él ha dado paz, y es la esencia de nuestra paz.

¿Por qué esto es importante?

1. Israel es llamado a ser santo a causa de su asociación con un Dios santo, y lo mismo es cierto para nosotros. Esa santidad en Su pueblo es por lo **Que Dios es**. Él es santo en un sentido que está más allá de nuestra capacidad de comprensión. Nuestras mentes no logran alcanzar las alturas de Su santidad. Él no es sólo más santo que nosotros, o más santo que la persona más santa que haya existido. Él es infinitamente santo, siendo muy limpio de ojos para ver el mal o para contemplar la iniquidad (Hab. 1:13). Él sólo habita en la luz que es inaccesible (1 Tim. 6:16), envuelto en pureza, y completamente separado de todo aspecto o mancha de pecado. Él no puede ni va a tolerar una vida descuidada, pecaminosa, en Su pueblo. Esto no quiere decir que podemos llegar a ser sin pecado o absolutamente perfectos en esta vida. Eso es imposible, aunque es lo que aspiramos y lo que anhelamos. Sin embargo, cuando alguien madura en la vida cristiana y se mueve a lo largo de este camino espiritual, se vuelve más y más sumiso al control del Espíritu Santo, también se vuelve más consciente del pecado y desarrolla una mayor sensibilidad a éste. Ese ejercicio nos hace buscar el practicar esas cosas que agradarán y honrarán al Señor en nuestras vidas.

Esto no se logra a través de vivir mediante reglas o leyes, no es un logro legalista alcanzado por conformarse a requerimientos legales. Es más bien causado por una profunda atracción y una ocupación con nuestro bendito Señor. Esto nos lleva a preguntarnos, en todo caso, si ese acto es la voluntad de Dios en nuestras vidas. “¿Esto agradará al

Señor?”, “¿Esta dirección o acto honrará Su Nombre o mostrará conformidad a Su persona?”, “Haciendo esto, ¿puedo demostrar mi amor por Él?”. Cuando nos fijamos en la enseñanza práctica de 1 Tes. 4:1-12, aprendemos que esto debe ser el ejercicio constante de nuestros corazones, que podamos abstenernos de toda forma de maldad (1 Tes. 5:22). Dios caminó en medio del campamento de Israel (Deut. 23:13-14), y debía ser mantenido como un lugar santo para que “Él no vea en ti cosa inmunda”. Ese principio debe reinar en nuestras vidas en privado, en nuestras casas y en nuestras asambleas.

2. Debido a **Dónde estamos los santos**. Estamos en una relación cercana con Dios. Aprendemos de 1 Juan 1:5 que Él es luz, absoluta pureza y justicia. Ya que estamos en la luz posicionalmente (y debería ser prácticamente), podemos tener comunión con Él. Si deseamos disfrutar la relación cercana con el Señor, debemos constantemente estar buscando mantener las condiciones en nuestras vidas que son consistentes con Su persona. Podemos pensar de Enoc, viviendo en un ambiente muy sucio, en un ambiente de impiedad por todos lados, y aún así, caminando con Dios “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” (Amos 3:3), y claramente Enoc estaba de acuerdo con Dios con respecto al mundo maligno que lo rodeaba. Judas 14 nos dice lo que él profetizó acerca de las condiciones al observar el carácter impío de los hombres en esos días, y miró a la venida del Señor para juzgar la impiedad. Él estaba de acuerdo con Dios sobre el pecado y lo que merecía. Leemos en Heb. 11:5-6, que Enoc agradó a Dios, y lo hizo en el fundamento de la fe. La suya era una vida piadosa, caminando con Dios continuamente durante 300 años hasta que Dios se lo llevó. Mientras más caminó con Dios, más evidencia de santidad se había puesto de manifiesto en su vida. Esto debería así también en nosotros, y si es posible, si estamos así ejercitados. Alguien ha dicho: “Usted puede ser tan santo como realmente quiera serlo”.

3. También es debido a **Quien representamos en este mundo**. Representamos a un Cristo santo, un santo Padre celestial. El mundo no lee la Biblia, pero sin duda leen las vidas de los cristianos, y forman una evaluación de nuestro Señor y Dios por lo que ellos ven en nuestras vidas. ¿Hay realidad? ¿Somos consistentes con lo que profesamos en nuestra manera de vivir? ¿Hay desobediencia y falla evidente para mantener principios santos y justos en nuestra conducta? Pedro advierte a los creyentes que nunca deben sufrir como malhechores (1 Pedro 4:15-16). Son numerosas las exhortaciones y enseñanzas solemnes que tocan este importante tema. No las hagamos a un lado y pongamos excusas por nuestro mal comportamiento, sino más bien a buscar

“Seguir la paz con todos (los hombres), y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Heb. 12:14). Al llevar Su Nombre, somos responsables de representarlo de forma honorable, de manera que muestre que estamos “apartados” completamente para Él, y de todo lo que es contrario a Su carácter.

Ambición

E.W. Rogers

Es algo bueno para todos tener una ambición. La base está llena de gente; la cima está escasamente poblada. Contentarse con las cosas tal como son y no tener deseos de mejoramiento revela una apatía indigna de cualquiera. Por supuesto que hay obstáculos que hay que superar; dificultades que se deben enfrentar y dominar si se va a alcanzar el objetivo en la mira, pero eso edifica el carácter. Esto es especialmente así cuando el objetivo es de tipo espiritual, entonces se desarrolla el carácter espiritual.

La ambición puede ser de dos tipos, para el propio avance personal o para el logro de un objeto con la mira en el beneficio de otros. Ambas tienen su lugar apropiado, aunque si seguimos a nuestro Señor estaremos siempre dispuestos de poner el beneficio de los demás en primer lugar. De hecho, el uso de la palabra en el Nuevo Testamento nunca ha tenido la idea del avance personal. Siempre tiene un objeto externo como su bien, como lo veremos más adelante.

Desgraciadamente en la actualidad, y siempre ha sido así, la ambición está ligada a la Tierra, y el objeto de deseo ha sido el avance material o el logro terrenal. Muy pocos parecen tener una saludable ambición espiritual como la de Cristo.

Pablo utiliza la palabra en su forma verbal tres veces y, como se podía esperar, no siempre es en un plano mundano. Su palabra es *philotimeomai*, que significa literalmente “un honor amoroso”. Aun si su ambición fuera de un tipo adecuado, el honor debe darse a la persona que le corresponde. Cuando se logra la ambición terrenal, se corona con el reconocimiento de los propios superiores terrenales. No es con esto con lo que está tratando Pablo; el honor que tiene en mente es el que se otorga a Dios. Y sin embargo, cuántos de nosotros somos como aquéllos a quien el Señor dijo: “¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?” (Juan 5:44). Ciertamente, no siempre es posible que se “agrada a Dios, y es aprobado por los hombres”

(Rom. 14:18), pero si debe hacerse la elección, Dios tiene el primer reclamo.

¿Estimamos el honor que viene de Dios más alto que el que los hombres pudieran otorgarnos?

Pablo usa esta palabra una vez en relación con la vida personal del creyente, una vez en relación con el mundo de los pecadores perdidos, y una vez en la relación del creyente con el Señor. *“Y que procuréis tener tranquilidad, y ocuparos en vuestros negocios, y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado, a fin de que os conduzcáis honradamente para con los de afuera, y no tengáis necesidad de nada”* (1 Tes. 4:11). La palabra “procuréis” es la palabra “ser ambicioso”. Pablo había dado él mismo un ejemplo de esto, cuando estuvo en medio de los Tesalonicenses, por sus mismas acciones que testificaron (2 Tes. 3:8). Él podía, por lo tanto, de forma muy convincente, ordenarles que *“trabajando sosegadamente, coman su propio pan”*. Era vergonzoso que alguien no estuviera trabajando en nada, sino que fuera entrometido. Hay un juego de palabras en las palabras griegas, que eran entremetidos, sin hacer ningún negocio real. Ellos estaban interfiriendo en los asuntos de los demás. Estaban viviendo a costa de otros. Debería, sin embargo, ser algo pretendido, que mostremos una sana independencia de los demás, sin tener necesidad de nada ni de nadie.

La ociosidad de algunos de los Tesalonicenses al menos pudo haber surgido de un abuso de la doctrina que Pablo había dado con respecto a la venida del Señor. Es claro que él les había enseñado que esta “venida” podía ocurrir en cualquier momento, porque su tiempo es totalmente desconocido por todos, menos por el Padre; y, por lo tanto, abusando de la enseñanza, dejaron de trabajar mientras que estaban *“esperando al Hijo de Dios del cielo”*. Habían olvidado el mandato, *“Negociad entre tanto que vengo”*. Algunos, por otro lado, como se desprende en 2 Tes. 3:10, podían haber sido ociosos, independientemente de lo que Pablo enseñó. Pero cualquiera que fuera la causa, Satanás siempre encuentra algo qué hacer para las manos ociosas, y eso nunca es algo bueno: lo más probable es que será la interferencia en los asuntos de los demás.

No estamos muy preocupados hoy en día con este tipo de cosas, pero el gran principio detrás de la exhortación no está exento de relevancia. Debemos aspirar a un “andar”, una conducta, que sea honorable no sólo a la vista de nuestros hermanos en la fe, sino también a los ojos del mundo – “los de afuera”. Debemos andar honorablemente (Rom. 13:13) y calladamente. No es el escandaloso el que necesariamente es útilmente activo, pero a veces el ruido y el trabajo en nuestra moderna era mecanizada van juntos, pero no siempre. Muchos no son vistos ni oídos, y sin embargo están trabajando

de manera muy eficaz.

Pablo es muy práctico; no sólo puede remontarse a las altas doctrinas, y sumergirse en las profundidades de la verdad divina, sino también puede descender a la tierra como a la vida diaria. *“Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma”* (2 Tes. 3:10). Pablo no comió “de balde el pan de nadie”; él pagó por él. Trabajó en la obra y se esforzó día y noche para no ser una carga a ninguno de ellos. Él renunció a su derecho apostólico y evangelístico para demostrar en la vida real cómo los creyentes deben estar ocupados, y así mantenerse saludablemente independientes de los demás. Es despreciable aprovecharse de los demás cuando no carecen de capacidad de trabajo.

Los Efesios fueron ordenados: *“El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad”* (Ef. 4:28). Porque *“es mejor dar que recibir”*, como dijo el Señor Jesús (Hechos 20:35). La ocupación diaria del creyente debe ser la que sea honorable; debemos buscar una “ocupación honesta” (Tito 3:14), o un “negocio honesto”. Hay “trabajos” que son indignos del cristiano, por más lucrativos que pudieran ser, pero hay multitud de profesiones o negocios abiertos al creyente que pueden seguirse dignamente, poniéndolo en la feliz posición de fidelidad a Dios e independencia de los hombres, así como para proveer para los de su propia casa y para tener con qué ayudar a los desventurados y a la obra del Señor y los siervos.

En Romanos 15:20, Pablo utiliza nuestra palabra “ambición” en relación con su obra evangélica y apostólica. Él ha sido encargado especialmente por el Señor para ir a los gentiles, y en el tiempo de escribir a los romanos, a cuya ciudad aún no había llegado, él estaba en condiciones de reportar que había ejecutado totalmente ese encargo en un área tan extensa como de Jerusalén hasta Ilírico. Un vistazo al mapa mostrará qué territorio tan vasto era éste. Pero Pablo siempre estaba deseoso de continuar hacia “lugares más allá” de los que él ya había llegado. Su ambición era ir a lugares donde el nombre de Cristo fuera desconocido, donde las nuevas de la cruz no hubieran llegado aún. El no haber ido a Roma no surgió por temor a Nerón, o por vergüenza del evangelio (Rom. 1:9-16), sino que fue causado por haber sido estorbado muchas veces, a pesar de sus diversos intentos.

Ahora bien, no debemos contentarnos con leer esto como una mera parte de la autobiografía de Pablo. Tiene lecciones para nosotros que no debemos dejar de aprender. Los paganos no evangelizados no están lejos de nuestras puertas el día de hoy. Es cierto que hay pocas partes de la tierra donde nunca ha sido nombrado el nombre de Cristo en

un momento u otro, aunque las religiones paganas ahora dominan. Nunca debemos olvidar que vivimos al final del día – la undécima hora – pero vivimos en tiempos cuando las obras de otros hombres han desaparecido, en muchos casos, debido a la represión de los poderes gobernantes, o a la oscuridad judicial de las tierras alguna vez muy favorecidas con el evangelio, como lo fue el Norte de África. A menudo es necesario en tales lugares comenzar todo de nuevo, poniendo el fundamento, porque la generación actual no sabe nada de lo que antes se había hecho.

Mirad, pues, por tal terreno. Se puede encontrar en las áreas de grandes ciudades del mundo, o en algún pequeño pueblo o área. El punto es tener la ambición de extender el evangelio, a fin de que aquellos que no lo conocen sean informados de ello, y eso implicará que usted hablará a la próxima mujer u hombre con quien tenga contacto. No suponga que porque usted vive en un país llamado cristiano sus habitantes conocen el evangelio. La mayoría no tiene idea de éste porque son muy pocos los que fielmente lo predicán.

Alguien había cuestionado el por qué Pablo fue a los gentiles y no se limitó a los judíos, entre sus detalladas respuestas él podría citar Isaías 52:15 (ver Romanos 15:21) como su autoridad bíblica. Él leyó el pasaje como teniendo una voz para él y lo inspiró con el deseo de hacer lo mismo que está dicho en el versículo. Por supuesto que sabía su relación profética, pero él estaba allí en ese momento ocupado con su mensaje presente. Debemos leer la Escritura de la misma manera.

El asunto parece haber sido cuestionado en la iglesia de Corinto y el mismo Pablo enfrenta el reto en 2 Corintios 10:14-16 no de forma egoísta, restringiendo sólo para sí mismo el honor de llevar el evangelio a “lugares más allá”, sino alentando a los santos a tomar parte en el asunto. Pablo no buscó una audiencia preparada, o un local, u otras cosas. Él fue donde no había ninguna de estas cosas y fue pionero en el evangelio, irrumpiendo en campo nuevo. Otros pudieron seguir lo que él había hecho, pero él hizo su primera ambición el romper suelo nuevo. No es dado a cualquiera actualmente hacer esto: requiere virilidad joven, fortaleza física, visión, emprendimiento, valor, ambición. A los pocos que tienen esto debemos darles todo el aliento.

En 2 Cor. 5:9, Pablo y Timoteo declaran que “*procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables*”. Eso es establecido (Ef. 1:6). Pero no todos son agradables a Él. Debe leerse todo el contexto para ver la fuerza de esto. El hombre exterior de Pablo, su cuerpo físico, se va desgastando, pero el hombre interno se renueva de día en día. Su preocupación no está con las cosas que se ven que son

temporales, sean sus aflicciones o cualquier otra cosa, sino con las cosas invisibles que son eternas. Él tiene dentro las arras del Espíritu dándole seguridad de la realidad de las cosas invisibles; tiene la visión de la fe, porque su juicio no está formado por la apariencia externa. De hecho, las cosas eternas eran tan reales para él que preferiría estar fuera del cuerpo y vivir con el Señor. Sin embargo, mientras estuviera en el cuerpo hizo el propósito de ser agradable al Señor, porque él sabía que tenía por delante el Tribunal de Cristo, cuando todo y todos aparecerían bajo su luz verdadera. Él sería visto como el hombre que realmente era, y no como el hombre que él mismo creyera que era, o el que otros pudieran pensar que fuera o haya sido.

Todo creyente tiene que comparecer ante el Tribunal de Cristo y, por lo tanto todo creyente debe tener la ambición de ser agradable al Señor. Todo será descubierto entonces, y lo que es su verdadero carácter – el carácter que ha formado en la tierra será revelado entonces. Su cuerpo físico ha sido el instrumento para hacer cosas, ya sean buenas o sin valor (phaula), y tales acciones son como boomerangs; vienen de regreso y dejan su huella en el carácter de uno. Ellas han sido como ladrillos que construyen el carácter de nuestra vida. Somos como si se estuviera registrando una cuenta que será balanceada en el Tribunal de Cristo; el bien que hayamos hecho estará en el lado del crédito; lo que hayamos hecho sin valor estará en el lado deudor de nuestro registro celestial, y el resultado neto será el carácter con el que iniciaremos la Eternidad. Vaya a Efesios 6:8 y Colosenses 3:25; pondere estos dos pasajes. Recibiremos las cosas buenas: lo malo se devolverá. Las cosas entonces volverán a casa para posarse. El sufrimiento por la pérdida reducirá proporcionalmente la ganancia que hayamos podido acumular en contra de ese día.

En ese día todo el barniz será quitado. Cualquier cera que se haya utilizado para ocultar las grietas que sabemos que existen en nuestras vidas será entonces derretida a la luz de la presencia del Señor. Entonces no podremos utilizar una máscara, ni desearmos hacerlo. Sólo estaremos tan felices de que todo sea traído a la superficie, y a la luz de Su santa presencia será manifestado su valor o inutilidad, e iniciar la Eternidad libres de todas esas cosas que pudieron habernos robado nuestra recompensa o han militado en contra de nuestro ser conformes a la imagen del Hijo de Dios. Estas cosas, pues, deben ser nuestra ambición: (a) una vida quieta, piadosa, industriosa; (b) un celo por extender el conocimiento del nombre de Cristo a tantos como sea posible de los que no han oído hablar de Él; y (c) vivir de modo que tengamos la conciencia ahora y el reconocimiento después, de ser agradables al Señor.

¿Podría alguna ambición ser mejor que esta? Entonces ajustaremos cualquier otra ambición y la subordinaremos a estas tres prioridades.

**Las riquezas temporales se obtienen adquiriendo;
Las eternas, renunciando.**

Panin

La Responsabilidad Propia de la Asamblea

F. Butcher

“Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor” (Fil 2:12)

La tendencia natural del corazón humano es confiar en un brazo de carne. La palabra solemne del Señor dice, *“Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo”* (Jer. 17:5). No es fácil para nosotros mantener esta independencia del hombre, y confiar totalmente en el Señor. Esto no implica hacer a un lado, como si no contara, la comunión con nuestros hermanos. Pablo no consultó con carne y sangre sobre su ministerio, sin embargo, después subió a Jerusalén por revelación y les comunicó a aquellos que parecían ser algo, el Evangelio que predicaba, con objeto de que pudiera disfrutar su comunión; y sin embargo, todavía confiaba en el Señor.

En este artículo queremos hablar del estado de responsabilidad de la asamblea local de los creyentes. Es una cuestión que ha causado mucha controversia, ¿las asambleas deben unirse en una especie de organización, o cada asamblea debe ser responsable sólo al Señor? Una vez más, si las asambleas se unen, ¿debería haber alguna autoridad central, quizá sólo reconocida tácitamente, para regular las dificultades que pudieran surgir en cualquier iglesia local? Los gobiernos de este mundo prefieren que las iglesias estén unidas, y tengan un credo declarado, con alguien, o un grupo de hombres, en la cabeza con los que el Estado pueda tener que ver, y a través de los cuales se pueda ejercer control. Esto es sobre donde están todas las denominaciones. El cuerpo más compacto del mundo religioso sin duda es el sistema Romano Católico, con un Papa infalible a la cabeza; en el que a ninguna congregación local se le permite actuar de forma independiente, o cultivar responsabilidad directa con el Señor. Tal cosa sería mal vista y sin piedad cortada desde la raíz. En todas las Iglesias-Estado – los hijos de Jezabel, Ap. 2:20 – se mantiene el mismo principio en una forma más leve. Los puritanos originales enseñaron la responsabilidad de la iglesia local, de ahí fueron llamados

“independientes”. Ellos han dejado en gran medida sus propios principios y han formado sistemas de iglesias que son tan tolerantes que cualquier error puede construir su nido en sus ramas.

Para el ingenuo hijo de Dios, la cuestión no es lo otros hacen, ni lo que parece más apropiado para el corazón humano, ni lo que prefiere el Estado, sino, ¿qué dice la Escritura? Sólo el Señor, la Cabeza de la Iglesia, tiene el derecho, y es capaz de decir lo que le honra y es mejor para la Asamblea en su separación del mundo, y para cada cristiano en forma individual.

En el Nuevo Testamento no hay ningún rastro de una federación de Iglesias; y ninguna mención de una cabeza humana sobre las Iglesias en una ciudad o provincia. Lo que no se encuentra en la Palabra, ninguna persona tiene el derecho de introducirlo, y todo lo que se ha introducido ha servido sólo para confundir la verdad bíblica ideal y obstaculizar la obra de Dios. ¿Por qué es tan difícil atenerse a la palabra? ¿Por qué el hombre siempre prefiere sus propios credos mañosos a la voluntad revelada de Dios? *“¡A la ley y el testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”* (Is. 8:20).

“Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor” (Fil 2:12). Este pasaje no tiene nada que ver con la salvación individual, aunque a menudo se usa así, y con frecuencia como una prueba de que tiene que ocuparse en la salvación con temor y temblor, y que por lo tanto ninguna persona puede tener la seguridad de la salvación, lo que es contradecir la enseñanza de la Escritura. En este versículo tenemos un claro pensamiento de cómo una asamblea debe ocuparse en su propia salvación cuando aquellos que han estado trabajando ahí han sido retirados de ellos. El apóstol y los otros habían trabajado en Filipos. Él era su padre espiritual, y cuando las dificultades surgieron, como lo hacen en todas las asambleas, buscaron a Pablo para consejo y ayuda. El cuidado por todas las iglesias se agolpaba sobre él todos los días (2 Cor. 11:28).

Los santos de Filipo siempre le habían obedecido cuando estaba presente, y aún más cuando estaba ausente; ahora, sin embargo, en el futuro ellos no iban a depender de él, pues estaba en prisión y su vida en peligro; por lo tanto fueron llamados a ocuparse en su propia salvación con temor y temblor. Ellos fueron lanzados sobre su propia responsabilidad ante Dios. Si surgiera una perplejidad no podrían enviar una nota apresurada a Pablo por instrucciones sobre qué hacer, sino que debían buscar la guía de Dios con temor y temblor para que no cometieran un error. Este versículo enseña claramente que una Asamblea no depende de un obispo, presidente, director u otra personalidad del exterior.

Ellos no necesitaban apelar a Jerusalén, o Antioquía, o Roma para ayudarles en sus dificultades. Ellos debían tomar su propia responsabilidad, y sin embargo, no sobre sí mismos, “*Porque Dios es el que produce así el querer como el hacer por su buena voluntad*”, (v. 13). Era necesario de su parte el temor y temblor, y Dios los guiaría por el Espíritu Santo, y Su Palabra, para que sus decisiones fueran agradables a Él.

¿Eso es suficiente para una Asamblea? ¿Puede una débil compañía de creyentes ocuparse en su propia salvación en caso de una perplejidad desconcertante? Podemos responder con un cierto y gozoso, “Sí”. Sí pueden, como un hermano recaló una vez, “*echaron cuatro anclas por la popa, y ansiaban que se hiciese de día*”. Aunque el camino no siempre es fácil, porque la carne busca desempeñar un papel importante, incluso temblando de ira, pero donde el temor y temblor piadosos están presentes, emanando de un sentido de debilidad, uno puede contar confiadamente en la liberación de Dios.

En las denominaciones los miembros se vuelven dependientes del ministro, y al no tener ningún ejercicio se atrofian. Al estar bajo una autoridad central la congregación no tiene ninguna responsabilidad, y por lo tanto no sienten la necesidad de ocuparse en su propia salvación. El sentido de su responsabilidad hacia el Señor está asfixiado.

Mientras que las asambleas apostólicas debían ocuparse de su propia salvación, por otra parte ellos debían cultivar el compañerismo unos con otros. En las epístolas a los Corintios leemos de una ofrenda para los santos pobres de Jerusalén, y las Iglesias de Acaya, Macedonia y Galacia trabajaron juntos en este fructífero servicio. En las siete Iglesias de Asia los candeleros no estaban encadenados juntos, y sin embargo se le dijo a Juan que escribiera los mensajes en un libro – no en siete libros – y lo enviara a las siete Iglesias; cada una podía leer lo que fue escrito a las otras. Éfeso era la capital, pero no fue culpada del desorden en Tiatira; y Laodicea no fue censurada por no estar más sujeta a Éfeso. Pablo esperaba enviar a Timoteo a Filipos después de su juicio, mientras tanto Epafrodito fue con ellos con la epístola. Aquí hay cuidado, amor y comunión; él deseaba ayudar pero no reinar; él es un siervo, y no un dignatario eclesiástico.

Cuando Pablo se despidió de los ancianos de Éfeso capturamos el profundo sentimiento de su corazón mientras lo escuchamos decir, “*Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia*” (Hechos 20:22). No los encomendó a un consejo en otra parte. Ellos tenían a Dios y la palabra de Su gracia; ¿podía una Asamblea tener algo mejor? Es bueno cuando una Asamblea conoce a un

experimentado hermano piadoso al cual se puede acudir en busca de ayuda para la correcta aplicación de la Escritura a la conciencia: pero ninguna Iglesia, concilio, o conferencia de ancianos tiene el derecho de formular nuevas reglas, o decidir cuestiones difíciles de otras asambleas. Ninguna autoridad central tiene ningún derecho bíblico para su existencia. Cada asamblea tiene toda la palabra de Dios, y el Espíritu derramado que guía a toda verdad: y si hay temor piadoso y temblor santo en rica medida en los corazones de los hermanos sobrevedores, y de todos los santos, entonces la gracia, la sabiduría y el poder serán concedidos para cada contingencia.

Israel fue condenado por tener un celo por Dios sin conocimiento (Rom. 10:2); el celo sin conocimiento trae condenación; el conocimiento sin celo revela frialdad.

“Vamos...”

J. G. Good

(AT May/June 1980)

Esta carta fue escrita para librarnos del antiguo orden de las cosas, es decir, del judaísmo, y debido al tema objeto de la epístola, evitar un retorno al mismo. El autor contrasta todo lo relativo al antiguo orden con la excelencia de la gloria del Hijo de Dios, la sustancia de todas las sombras, el anti-tipo de todo tipo, la revelación completa y final de Dios. De nuevo, Éste es el Creador, Sustentador, Purificador de Pecados, Triturador de la Serpiente, que vive en el poder de una vida sin fin con un sacerdocio que es intrasmisible, de Éste y de ningún otro puede decirse, “*Tú eres sacerdote para siempre*” (Heb. 7:21).

Los creyentes hebreos estaban en el crisol del sufrimiento, “*gran combate de padecimientos*” (10:32), ellos sufrieron con gozo “*el despojo de...bienes*” (10:34). La lucha por renunciar a lo que fue dado por Dios, la persecución que seguiría tal decisión es crucial. El autor en circunstancias como éstas, les recordaría que pérdida sufrida por ellos como resultado de abrazar al rechazado Señor Jesucristo era temporal, por el contrario, las bendiciones ganadas eran eternas y espirituales. “*Tenemos un gran Sumo Sacerdote*” (4:14), “*la esperanza...[que] tenemos como segura y firme ancla del alma*” (6:19), y “*que tenéis...en los cielos*” (10:34).

Para alentarlos en este objetivo, el escritor, con emoción y sentimiento, exhorta continuamente, “*temamos*” (4:1), “*re-temamos*” (4:14), “*acerquémonos*” (4:16), “*vamos adelante*” (6:1), “*acerquémonos*” (10:22), “*mantengamos*” (10:23), “*considerémonos*” (10:24), “*despojémonos*” (12:1), “*tengamos gratitud*” (12:28), “*ofrezcamos*” (13:15), “*salgamos*” (13:13).

Tres de las exhortaciones anteriores forman la base de esta meditación presente:

1. Vamos a Conocerle (6:1)

Los hebreos no habían avanzado en las cosas divinas, eran enanos espirituales, el “crecimiento pleno” implica la idea de madurez espiritual. Esto de ninguna manera está conectado con la edad, sino con la experiencia espiritual. La vida cristiana no es estática e inmóvil, sino positiva y progresiva. Las palabras de Pablo en Fil. 3:12 “*Prosigo*”, corrobora esta idea de que es necesario el conocimiento experimental para el crecimiento espiritual. Existe el grave peligro de pensar que la experiencia de ser salvos es suficiente, y el único requisito del hijo de Dios. La Palabra de Dios enseña lo contrario, recibir la salvación de Dios es sólo el comienzo, y si no conocemos la realidad de una “salvación diaria” (7:25), crecer en la gracia será una imposibilidad evidente. No puede haber ningún apetito por la Palabra de Dios a menos que se desechen aquellas cosas que retardan el crecimiento espiritual (1 Ped. 2:1). Es el deseo de nuestro Dios que por crecimiento alcancemos la madurez “*a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*” (Ef. 4:13, Oseas 6:3). Habían tres cosas que señalaron a Samuel: el manto de la profecía, el efod del sacerdocio, y la túnica del progreso. Vamos a conocer al Señor, echando la “sonda” (Hechos 27:28), y ver si se requiere un cambio de rumbo para llevarnos al puerto deseado. No hay ninguna duda de que el crecimiento espiritual es el precursor de la prosperidad espiritual (Salmo 144:12-15).

2. Vamos a Disfrutarlo (10:22)

¡Qué gran verdad está señalada aquí, el libre camino de acceso al Lugar Santísimo, el santuario más íntimo de la presencia morando de Dios! La confianza de nuestra entrada es la preciosa sangre del Señor Jesucristo. Con base en este hecho glorioso, que el velo ha sido rasgado en medio (Luchas 23:45), y de arriba abajo (Mat. 27:51), se da la exhortación “*acerquémonos*”. El velo que tipificaba la humanidad del Señor Jesús, ¡se rasgó para pudiéramos entrar!

Que nos limpió nuestros pecados y nos acercó,
Todos limpiados y santificados a Dios
Tu Santo Nombre a magnificar.

Tenemos tres palabras que se utilizan en este capítulo, usadas en relación con los adoradores, digno de observar el versículo segundo, “*limpios una vez*”, v. 10, “*santificados*”, es decir, apartados para Dios, y en v. 14, “*perfeccionados*”, es decir a perpetuidad (Newberry), una vez para siempre, la idea de finalidad, una aptitud concluida para la presencia de Dios, no por un período particular de tiempo, sino **para siempre**. ¡Esta gran verdad del camino siempre abierto a la presencia de Dios es disfrutada tan poco! ¿Por qué? La realidad de las cosas celestiales, y el conocimiento experimental de la presencia de Dios con nosotros, sólo será nuestra porción en la medida que nos “*acerquemos*” al Señor Jesucristo, la brillante realidad viviente. Él está preparado para serlo para cada uno de nosotros. ¡Esta es una posibilidad gloriosa, si estamos preparados para acercarnos a la paz de Su presencia para disfrutarlo!

3. Vamos Afuera a Estar con Él (13:13)

“*Salgamos, pues, a Él*”, la Persona magnética de Cristo. Qué sugerentes son las palabras registradas en Marcos 1:45: “*y venían a Él de todas partes*”. Los que se hallaban en amargura de espíritu de la nación de Israel fueron a la cueva de Adulam (1 Sam. 22:1). ¿Por qué? ¡David estaba ahí! ¡Vamos a salir a Él! El “campamento” mencionado aquí se refiere al judaísmo con toda su religión, debemos recordar que el templo aún estaba funcionando cuando esta epístola fue escrita. El “campamento” actualmente indicaría un lugar donde es negado el Señorío de Cristo, y la Palabra de Dios no tiene el lugar que le corresponde. ¡La Cristiandad en su mayoría entra en esta categoría! El escritor utiliza un lenguaje fuerte, como si hiciera una apelación final, “*Tenemos un altar, del cual no tienen derecho de comer los que sirven al tabernáculo*” (v.10). El sacerdocio levítico no tiene parte en la obra de la cruz del Señor Jesucristo; para participar de las bendiciones de la ofrenda por el pecado del Calvario debe haber un abandono del campamento del judaísmo, éstas de verdad eran palabras solemnes para un hebreo, y por necesidad la acusación seguiría tal paso. La ofrenda por el pecado de Lev. 6:30 nos recuerda cuando la sangre era traída al Lugar Santo por el Sumo Sacerdote, la carne no era comida, sino quemada fuera del campamento. El lugar de separación y rechazo es la porción de todos lo que se identifican con Aquél que padeció fuera de la puerta.

Por la preciosa sangre te damos gracias

Salgamos a Él!